

La presencia de los «Montoneros»

Desde hace un tiempo, en la Argentina actúan varias organizaciones revolucionarias que practican métodos similares de lucha y que genéricamente se denominan como «guerrilla urbana».

Por lo menos seis grupos han firmado comunicados e inscripciones que afirman la comisión de distintos hechos: asaltos a Bancos y organizaciones financieras, atentados de distinto tipo, secuestros, ocupaciones de pueblos o localidades, toma de puestos policiales, etcétera. Si todos los hechos de esta clase ocurridos en los últimos meses pertenecieran a una misma organización estaríamos en presencia de una fuerza poderosa, de una vitalidad comparable quizá a la de los «Tupamaros» uruguayos.

La dispersión de las acciones, la aparición de distintas siglas, da a la acción armada en la Argentina una presencia difusa, aun en aquellos sectores de la opinión pública más informados. «¿Quiénes son?», suele ser la pregunta que sigue a las acciones de los guerrilleros. FAR, FAP, FAL son siglas que aparecen al pie de los comunicados que quedan inscritos en las paredes cercanas a donde se realizan las acciones, pero que no llegan claramente diferenciadas a la opinión pública.

A fines de mayo se produjo la más sensacional de todas estas acciones: el secuestro del teniente general Pedro Eugenio Aramburu y la aparición de una nueva organización que se adjudicaba el hecho: los «Montoneros». Las circunstancias políticas que rodearon el secuestro de Aramburu, concretamente el aprovechamiento que sectores liberales hicieron de éste para precipitar la caída de Onganía, adjudicando a su gobierno la responsabilidad del hecho, sumadas a algunos puntos oscuros y contradictorios, crearon dudas acerca de la existencia de los «Montoneros» y mucho más de sus posturas revolucionarias.

La ejecución de Aramburu aumentó las dudas. Para muchos, los «Montoneros» funcionaban como tapujo de una organización armada, ligada a los organismos de represión; para otros, era una organización independiente, pero inspirada por aquéllos. Los «Montoneros» no se esforzaron mucho por disipar esa imagen. Sus comunicados en torno al hecho exaltaban un revanchismo peronista y sólo se quedaban en eso. La toma posterior del pueblo de La Calera, en la provincia de Córdoba, marcó una nueva presencia de esta organización. A la vez, abrió el cauce a una investigación policial que terminó con la identificación de los autores del secuestro y ejecución de Aramburu. Varios nombres comenzaron a tener difusión popular: Carlos Maguid, Emilio Maza, muerto en Córdoba en un choque con la Policía; la esposa de Maguid, de apellido Arróstito, fueron detenidos. Otros figuraron como prófugos: Abal Medina, Gustavo Ramus, Capuano Martínez, Norma Arróstito (hermana de la anterior) y Mario Firmenich.

Mientras el proceso sobre el caso Aramburu entraba en los vericuetos de la burocracia judicial, y en torno a él se tendía un cerco de mutismo, se tuvo la creencia de que los «Montoneros» estaban acabados. Pero el 27 de agosto, un nuevo hecho sacudió a la opinión pública: la muerte a balazos en plena calle del dirigente gremial peronista, de tendencia dialoguista, José Alonso. Pocas horas después, un comunicado, firmado por los «Montoneros», se adjudicaba la acción y la explicaba; comenzaba a cumplirse la advertencia que la agrupación hizo una vez de que serían abatidos todos los traidores a la clase obrera y al movimiento peronista.

La duda cayó también sobre este hecho. Diez días después, los «Montoneros» aparecían nuevamente. Un grupo de ellos se enfrentó a tiros con una patrulla policial a pocos kilómetros de Buenos Aires, y dos cadáveres quedaron en el lugar: los de Abal Medina y Gustavo Ramus. Otras dos personas lograron huir y la Policía se lanzó a una caza pocas veces vista, sin resultado hasta el momento de escribir esta crónica.

El hecho creó una mezcla de asombro e incertidumbre. Muchos no querían creer que Abal Medina y Ramus pudieran estar en acción: a la vista de cualquiera, sus nombres y sus fotografías circulan desde hace meses por todas partes. A los pocos días los «Montoneros» aclararon todas las dudas: hicieron llegar a algunos diarios objetos pertenecientes a José Alonso y, simultáneamente, admitieron ser autores de la muerte de Medina y Ramus.

Los «Montoneros», ya no cabe duda, son los autores de las dos acciones más espectaculares que se hayan llevado a cabo en la Argentina en muchos años: las ejecuciones de Aramburu y Alonso. Nada han dicho aún si también tuvieron que ver con la ejecución de Augusto Vandor, ocurrida en 1969. De cualquier manera es hoy la organización más significativa de la Argentina.

Difícil es establecer cuáles son los objetivos políticos de los «Montoneros», porque no los han explicado a aquellas figuras que se presentan como carta de conciliación del régimen (Aramburu y Alonso; quizá Vandor) y, a la vez, revivir el enfrentamiento peronismo-antiperonismo, que fue muy agudo hasta el año 1960, pero que el tiempo tiende a diluir. Difícil es también saber si después de los últimos hechos la organización tiene reservas para seguir actuando, o si el núcleo de la misma está formado por los nombres conocidos de una lista que incluye a muertos, detenidos y prófugos.

La opinión pública, eso sí, ha colocado el nombre de los «Montoneros» en el primer lugar de las organizaciones armadas. Los sectores izquierdistas, aquellos que apoyan (sin participar) la lucha armada, los miran con respeto, pero con alguna desconfianza. Los métodos son discutidos, aunque nadie niega su valentía y sus objetivos revolucionarios. El pasado político de la mayoría de los «Montoneros» conocidos —el catolicismo de derecha— es un escollo también. Pero no hacen profesión de fe católica: sólo se manifiestan peronistas.

Todos estos datos se proyectarán sobre el futuro con su secuela de interrogantes. A éstos responderán los

«Montoneros» con sus futuras acciones. Hoy su presencia en el panorama argentino es incuestionable ■ JULIO MORANDI (P. L.).

DEPORTE Y POLITICA

Las medallas y Samaranch

En la piscina olímpica Bernardo Picornell se han desarrollado los hasta ahora considerados como Campeonatos de Europa de Natación y Saltos más brillantes de la Historia. Records del mundo, de Europa y records nacionales. España ha conseguido resultados importantes, en relación al nivel general deportivo. Esteve, dos medallas de plata y dos de bronce, y Chicoy, Lang-Lenton, Corell y María Paz Corominas han llegado a pruebas finales individuales. El tema público durante los Campeonatos ha sido la brillantez deportiva de los mismos, pero también la brusca sustitución de Juan Antonio Samaranch al frente de la Delegación Nacional de Deportes.

Toda clase de motivos. Pero el más en boca de las gentes habitualmente informadas es la excesiva independencia que la Delegación había adquirido en relación con la Secretaría General del Movimiento. El relevo de hombres parece abonar esta tesis. Gich Bech de Careda pertenece a un grupo de políticos jóvenes (en el que se integran desde Torcuato Fernández Miranda hasta Fraga Iribarne o Villar Palasí), compañeros de estudios en el Colegio Mayor madrileño que más políticos ha dado al país desde los tiempos de la Institución Libre de Enseñanza. Gich ya fue hombre de confianza de Fernández Miranda en su etapa de director general de Enseñanza Universitaria. A deducir del discurso de presentación de Fernández Miranda, Gich trabajará en la sombra y Fernández Miranda dará la cara responsable del deporte español. Nadie sabe si se trata de una politización del deporte o de una deportivización de la Secretaría General del Movimiento.

Samaranch ha hecho una salida igualmente ambigua. ¿Hay que calificarla de deportiva o de política? Es decir, si su amabilidad de perdedor es deportiva o es política, porque, más tarde o más temprano, volverá a la rueda de los cargos públicos, más de una vez se ha hablado de Samaranch como futuro alcalde de Barcelona, y con más motivo ahora que el señor Luis Miravittles (el científico de la televisión), al frente de los destinos del «public relations» municipal, se ha inventado «slogans» turísticos como Barcelona, capital del deporte español o el imaginativo Barcelona, 2.000 años de cultura y deporte.

De momento, el nombramiento de Gich ha molestado mucho más a Santiago Bernabéu que a Samaranch. El señor Bernabéu opina que un ex gerente del Barça no puede ser imparcial al frente de los destinos del deporte patrio. Igual suspicacia podría suscitar la repetida presencia de ministros y directores generales en el palco del Real Madrid (entre ellos, don

Torcuato Fernández Miranda). No tardará Gich en tranquilizar a la hinchada madridista. El señor Gich habla seis idiomas (catalán, español, italiano, inglés, francés y alemán) y no carece, pues, de instrumental lingüístico para convencer sobre la honestidad de su gestión. Además, es crítico de Arte, y tiene, pues, ideas muy claras sobre la proporción, la medida y la armonía.

Mientras tanto, el público ha descubierto un nuevo deporte gracias a televisión: la natación. Semanas atrás, Esteve fue silbado en Zaragoza porque no batía records. El padre de Esteve se encoró con un espectador y le recriminó que se comportara como en un partido de fútbol. El espectador contestó:

—Yo he pagado para ver batir records.

Esta futbolización de la natación, esta politización del deporte, esta deportivización de la política, abonan el profundo desconcierto semántico del país. Lo que aparece como muy claro es que Esteve ha llegado como enviado por el cielo; en plena decadencia Manolo Santana, urgía un nuevo supermán nacional de repuesto, descartado ya Urtain para tan importante puesto político-deportivo. ■ M. V. M.

EL CASO NIARCHOS

El armador, inocente

Los tribunales de El Pireo acaban de emitir su veredicto sobre la supuesta culpabilidad del armador griego Stavros Niarchos (véase el número 433 de TRIUNFO) respecto de la muerte de su esposa, Eugenia. Y la decisión judicial es la de que «no hay lugar» para sostener la acusación de que Stavros hubiera inferido a Eugenia «golpes mortales», en la noche del 4 del pasado mes de mayo.

Contra las apreciaciones del fiscal Fafoutis, según las cuales los hematomas que el cuerpo de la infortunada presentaba tuvieron más participación que los barbitúricos en la muerte de la señora Niarchos, las autoridades griegas estiman que la isla de Spetsopoula fue escenario de un vulgar suicidio, sin más complicaciones.

El lector que haya seguido con interés el apasionante episodio posee, a partir de esta decisión definitiva, un elemento más de juicio. Pero ya el «affaire» se archiva.

ARQUITECTURA

Proceso

a la construcción

La tragedia de Almería trae de forma trágica a la actualidad un hecho que transforma en accidente lo que subyace como cotidianidad en ese negocio negro que se conoce con el